

músicos ya fallecidos, y coloca esa información en manos de los cubanos de a pie. Pues el intento anterior —la segunda edición del libro de Orovio— se vendió solamente en moneda libremente convertible.

Como regla general, salvo excepciones, las entradas sobre artistas exiliados son breves o brevísimas. En una primera lectura no hallé exclusiones clamorosas, aunque sí un criterio discutible. Para el autor, la música de Willy Chirino «está más cerca de la de Estados Unidos que de la cubana»; afirmación que desentona con el espíritu general del libro, más cerca de la exposición biográfica que de la opinión lapidaria.

Una novedad del texto radica en la inclusión de artistas extranjeros con actuaciones relevantes en Cuba. La decisión contribuye a referenciar, desde otro ángulo, las dimensiones del panorama musical isleño en su interacción con el mundo. Los nombres y las épocas hablan por sí solos: Josephine Baker (1950, 1953 y 1966), Caruso (1920), Lucho Gatica (1954, 1957 y 1959) y Pedro Infante (1952, 1953 y 1955), entre otros.

En caso de una segunda edición, sería deseable una reevaluación de las jerarquías. Por más subjetivas que suelen ser las filias y las fobias, no suena convincente que Sara González (78 líneas de texto) pese más, biográficamente, que Celina González (47). O que Argelia Frago (41) tenga más destaque que Olga Guillot (38). Tampoco que el Dúo Karma (98 líneas) o el trovador Ariel Díaz (109), por ejemplo, superen en espacio a Juan de Marcos González —el cerebro de Buena Vista Social Club— (16) o a Paquito D’Rivera (26). Esto es parte de una tendencia, desconozco si consciente o no, a engordar las entradas correspondientes a algunos musicólogos, músicos de concierto y representantes de la nueva y la novísima trovas, en detrimento de otros.

Las carencias y desbalances de esta obra, modelada a contrapelo durante casi 40 años, no la descalifican. Rica en fichas biográficas, fotos y partituras, prolijamente compiladas por uno de sus más acuciosos investigadores, es un soplo de aire fresco en medio del desierto editorial cubano y una consulta obligada para quienes desean reencontrarse con la historia musical de la Isla. ■

Naturaleza y síntoma de una decadencia

JORGE LUIS ARCOS

Isel Rivero

Las noches del cuervo

Ediciones Vitruvio

Madrid, 2007, 53 pp.

ISBN: 978-84-96830-13-4

El último poemario de Isel Rivero, *Las noches del cuervo*, desnuda una poética sesgada-mente panteísta. Ya va siendo raro que la poesía contemporánea, al menos en la tradición occidental, y como un signo indudable de su crisis genérica, se amiste con la naturaleza.

Es muy significativa esta actitud, esta manera poética de percibir la realidad, dentro de la última poesía cubana, sobre todo, porque ésta, su mirada religadora, no implica ningún regreso al campo, o alguna recreación paisajística, ni ninguna utopía paradisíaca, y mucho menos cualquier atisbo de trasnochado nacionalismo lírico. Su poesía se establece alrededor de una tradición universal, alejada de cualquier tópico enfáticamente «cubano». Antes bien, se encauza dentro de un movimiento de la sensibilidad que nace desde dentro de la llamada sociedad posindustrial y que se opone a una suerte de espíritu de la decadencia. La naturaleza, vencida por una ciudad y una civilización devastadora, se hace cómplice de una mirada poética también vencida o, al menos, marginal. Su poesía porta implícita una suerte de regreso hacia los orígenes, hacia una encrucijada mal resuelta, aquel momento en que la civilización occidental se decidió, con merma de innumerables realidades esenciales que quedaron sumergidas, por un camino, si poderoso, unilateral.

Porque la intensidad suele conllevar cierto desdén, cierta prisa, un vértigo de la velocidad conquistada, una arrogancia en el gesto cumplido, un espejismo imperial. La verdadera infancia queda atrás mientras se cometen actos demasiado sensatamente infantiles. Se sacrifica lo desconocido sustancial por unas provincias enfáticamente conocidas o, peor, apresuradamente poseídas.

Dice en el poema «En tránsito»: «nunca hay tiempo para dormir / sólo para atravesar realidades / una carrera de obstáculos en un presente que se escapa».

De ahí que esa naturaleza convocada por Isele Rivero ofrezca sus fulgores, sus avisos, junto a una existencia, la del ser humano (que es, no lo olvidemos, también naturaleza), que a fuerza de distanciarse de su innata armonía cósmica, de su condición material, ha terminado por hacer de su conciencia una entidad monstruosa, separada de la Vida.

En cierto sentido, asoma en este poemario un existencialismo sin sentido trascendente, pero, acaso, no como una opción voluntaria del poeta, sino como un sombrío síntoma, cuya manifestación encarna su más profunda crítica al rostro de una arrogante y casi suicida vocación de progreso sin piedad, sin epifanía, sin «alma», sin un espíritu integral y consecuentemente creador, genésico. «La monotonía de paisajes desarraigados / de su verdor perenne», acusa en «Paisajes»...

Siguiendo una antigua saga, su poemario se nutre de incesantes imágenes naturales. En cierto sentido, es una continuadora, dentro de nuestra tradición insular, de Luisa Pérez de Zambrana, por esa ambigua relación casi trágica entre la naturaleza y la existencia, como puede apreciarse en la parte tercera de su poema «A la memoria de Marina Tsvietáieva (31 de agosto de 1941)». Esa contraposición, o perversa relación, entre la naturaleza y la existencia es recreada en «Misa de los huérfanos», por ejemplo.

No es casualidad que la propia Historia sea vista, a menudo, con evidente ironía, como se aprecia en «Historia Seria». Como ha padecido ella misma, que ha conocido del rigor de «su» historia, exiliada de su patria, tema que asedia profundamente en «Exilios», poema donde también late su oscura vocación por los orígenes, ya comentada («Llevamos la casa por dentro / y desovamos en nuestra sangre»). En general, este libro despliega una visión harto sombría de la Historia, sólo que lo hace con un discurso lírico de profundo simbolismo, casi onírico, como en el sugerente «Presagios», donde el sujeto lírico, criatura lunar, evoca (desde dentro de la Noche) la visita entre terrible y luminosa de reali-

dades feéricas, ese «Otro mundo» casaliano, pero «encarnado» aquí en un texto de imagen final casi goyesca...

No es de extrañar entonces sus salidas órficas, pitagóricas (como en «Las Montañas del Reino de la Luna»), reminiscencias de un saber antiguo. Es espléndido y casi lezamiiano este final de poema: «Decían que los griegos / pasada la batalla / buscaban entre los cadáveres / desentrañar / los misterios / del cuerpo invisible» («Michelangelo»).

Justamente, esa cada vez más «racional» distancia de la naturaleza primordial, ilumina también la razón oculta del menosprecio cada vez más inquietante de la Poesía, y no sólo como género literario autónomo, sino, sobre todo, como actitud hacia el conocimiento y hacia la percepción y vivencia de la Vida misma. Por ello, su existencia, su «naturaleza», parece también devastada: «No se abren mis ojos / pegados por la arena del mal dormir / Las yemas de mis dedos / sienten crispadas las cortezas».

Por eso resulta, a la vez que comprensible, alentador, que una mirada poética, y profundamente femenina (no feminista), nos muestre los síntomas de la decadencia, con una sencillez y una como naturalidad que la preservan de todo discurso moralizador o panfletario. Su singular defensa de la Poesía es ensayada en el magnífico poema «Galeradas», donde asume una arriesgada certidumbre: «La poesía está más allá del poder / más cerca de la verdad / que la materia»...

Una cita de Forugh Farrokhzad, que preside el libro: «No olvides el vuelo / ya que el pájaro morirá», nos advierte del peligro de la jubilosa traición comentada. Tal vez, el texto emblemático de ésta, su actitud, se pueda constatar en «Credo», de decidida recepción ecologista. Su más severa advertencia (como ante la inminencia del fin) se despliega en «Los magos», extenso poema que comienza así: «La civilización es una construcción posiblemente / basada en el lenguaje y la escritura pero que no ha ido más allá de la exploración», pensamiento, por sugerente, con el que quiero finalizar este comentario sobre un libro desde ya imprescindible dentro del pensamiento poético cubano contemporáneo. ■